

Los libros de *AYESHA*

**ANÉCDOTAS
REPLETAS DE
GLORIA**



Pérez Juárez, Fernando

Anécdotas repletas de gloria: cuentos / Fernando Pérez Juárez - 1a. ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ayesha Literatura Ediciones, 2024.

90 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-48211-8-8

1. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A860

© Fernando Pérez Juárez, 2024

© Ayesha Literatura Ediciones y Agencia Ayesha de Servicios Culturales y Literarios de Alexander Margulis, 2024

E mail: ayesha@ayesha.com.ar

Web: www.ayesha.com.ar

Facebook: [ayeshaliteratura](#) / [ayesharevistalibro](#)

Twitter: [ayesharevista](#) / Instagram: [ayesharevistalibro](#)

Cel: +54911 54744893

Pasaje Milán 1724 – (1416) CABA – Argentina

Imagen de tapa: Gentileza Langer Mira, La Nelly (Clarín, marzo 2010)

Diseño de tapa e interiores: Adrián Emilio Signorelli

Todos los derechos reservados

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos público.

ANÉCDOTAS REPLETAS DE GLORIA

Fernando Pérez Juárez

 yeshaliteraturaEdiciones

Índice

Rockstar	13
I.....	13
II.....	31
Turquitos Way	43
Marimacho	55
La zurda y el lobo	69
Raúl mangas de camisa	83

A Ana, que la extraño siempre.

**ANÉCDOTAS
REPLETAS DE
GLORIA**

Rockstar

I

—Buen día, Juanca, ¿estás?

—Navaja decime.

—Dale, sí. ¿Estás bien despierto?

—Bueno, viste cómo es mi vida.

—Levantate y preparate el desayuno que voy para ahí. Llevo una cremona.

—¿Qué pasó?

—Te conseguí algo. ¡Volvés al ruedo papá!

—¿Algo como qué?

—Algo grande. La oportunidad de tu vida.

—Desembuche.

—Por acá no. Voy a tu casa y te la cuento bien.

Corta la llamada y aplasta la colilla del cigarrillo en la taza de café. Hace rato está despierto. Mira a su alrededor. El desorden. Una mezcla de remeras sucias, muebles rotos y guitarras arrumbadas cubiertas de polvo. Algunas con las cuerdas rotas. Agarra el paquete de Marlboro, se pone un cigarro en los labios. Es el último de la caja y con el puño reduce el paquete a su mínima expresión. Lo tira al piso.

La persiana está levantada y deja entrever el sol. Se distrae con las formas que adquiere el humo a contraluz.

Chequea el WhatsApp. Ve un mensaje de Soledad. Sabe que es para putearlo, prefiere no abrirlo. Desde su ventana ve cómo llega gente a la Iglesia Universal, un hormiguero que se va llenando desde temprano. Qué convocatoria. Evangélicos del orto, piensa.

Agarra las llaves y baja. Camina por Corrientes. Lleva gorra y lentes oscuros, aunque ya nadie lo reconoce.

Este domingo se despertó antes de las siete, como todos sus domingos. El sábado se durmió poco después de las diez. La vejez y el rock parecen cuestiones disociadas. Le atemoriza tener conductas de alguien de su edad.

Camina pensando en Monitor. Siente curiosidad.

—¿Qué hacés, Cuchillo Desafilado? —le dice el diariero. Siempre el mismo chiste. Esa es la clase de gente que lo rodea en este último tiempo. O la dueña de la agencia de quiniela, que le pidió que tocara la guitarra en el cumpleaños del nieto. Nadie lo ve como peligroso, o un mal ejemplo.

Compra cigarrillos y vuelve a su monoambiente.

Suena el timbre, es Monitor, su manager. Baja a abrirle.

En el camino encuentra a Atilio, el encargado del edificio, que, aunque sea domingo se la pasa igual en la puerta campaneando todo. Le da el detalle de las expensas y lo mira fijo a los ojos, ninguno dice nada.

Abre la puerta y abraza a Monitor. Su manager va directo al punto:

—Mirá, Juanca, salió una oportunidad de oro.

—Navaja, decime navaja boludo. ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir?

—Dejate de hinchar las bolas con lo de Navaja, eso es de hace veinte años. Salió un flor de laburito, una gira de dos meses como primera guitarra.

—¿Con quién?

—Con alguien que la está pegando y encima escuchó todos tus discos. ¡Volvés a la primera plana papá!

—Decime con quién.

—Con la artista número uno del momento.

—Dejá de dar vueltas, decime con quién Monitor la concha de tu hermana.

—Con Lady Ofelia.

—¡Vos estás en pedo loco! ¿Sos pelotudo aficionado o fuiste a la universidad de los pelotudos? Qué carajo tengo yo que ver con esa piba. Escuchame, yo vengo del rock. A ver si te queda claro, del rock, no del pop blando de los pibes de ahora. Además, esa pendeja debe ser una conchudita insoportable.

—Es muy buena guita Juanca. Y no es solo pop, hace ritmos latinos y otras cosas. Escuchame una cosa, ¿sabés lo que factura la pendeja? Me llegó el dato sobre que querían un guitarrista experimentado y pensé en vos. Podría haberles ofrecido a Foty, y no. Les dije Juan Carlos Brunetti, la primera guitarra de X-plosónicos y les cabió.

Cuando dice algo de lo que está convencido, Monitor agita sus rulos circundantes de la pelada, como dándose importancia. Detesta ese gesto. Aborrece ese aire de importancia que se da en el contexto de cara de tonto que tiene.

—Mejor llevalo a Foty. Ése por guita hace cualquier cosa, y no es tan malo con la viola.

—Paraaaa, dale una oportunidad. Hay algo más por lo cual la piba está interesada en que toques para ella. Cuchame.

—Te dije que no es para mí, ni me interesa. Última palabra Monitor. Última. Pensé que me venías a hablar de lo que hablamos.

Se hace un largo silencio. Monitor duda de lo que está hablando su amigo.

—¿Qué cosa?

—Un documental sobre mi vida. Siento que es el momento de hacerlo. ¿Te acordás que te dije que estaría bueno contar sobre mi trayectoria?

—Estoy en eso, dame tiempo. Necesitamos alguien talentoso para eso. Y que no cobre muy caro.

—Creo que a mucha gente le puede interesar saber de mi vida.

—Estoy seguro Juanca, pasa que necesitamos alguien que ponga la tarasca. Pero algo va a salir, estoy averiguando con unos pibes que estudian cine a ver qué onda.

—Okey. ¿Trajiste algo para fumar?

—Sí, un paraguayo. Al principio no está muy bien, pero después va como piña. Por lo menos no pega tan mal como el del otro día.

Llamada del banco. Le proponen una refinanciación de la deuda. Es por tres tarjetas de crédito y un préstamo personal.

Hace rato que vive así, los ingresos de SADAIC siguen en caída y su viejo hit “Alerones del tiempo” no suena casi en ninguna radio. Aun así, ese tema es lo que todavía lo alimenta, le aporta unos pesos para los cigarrillos. La autoría la comparte con Oaky, aunque siente que debería ser solo suyo.

Cuando él escribió: la crisálida en tu pecho terminó defecando en tu conciencia, Oaky sólo agregó: produciendo una trombosis de amor. Sólo por cuatro palabras comparten la autoría, lo enfurece acordarse. Tendría que haber sido más firme esa vez.

La pelea de la banda tuvo mucho que ver con la autoría de los temas, y el reparto del dinero en general. En ese entonces, Soledad era la que manejaba los números de la banda. Una vez que oficializaron la separación, los otros tres miembros restantes formaron Alucinasónicos y siguieron tocando juntos. Es más, fueron teloneros de Babasónicos en un festival del interior (Dárgelos los invitó a tocar con ellos) y consiguieron ser la banda de sonido de un comercial de shampoo para los piojos y su melodía suena en todas las radios, lo que para esta altura de sus vidas, es lo más parecido a un hit.

—Oíme Juan Carlos, ayer te dejé veinte mensajes. ¿Me vas a decir que estabas ocupado?

—Disculpa, no los vi, vos sabés que soy re colgado.

—Qué colgado forro, ¿te pensás que no me doy cuenta que me estás evitando para no pagar la mensualidad de Ludmila?

—Mirá Sole, te atienda o no, igual no tengo plata, estoy esperando cobrar unos trabajitos y te paso la guita.

—Tenés una semana, hace dos años que estoy esperando y nada. ¿Pensás que la nena no tiene gastos? ¡Tiene quince años! Sale a todos lados, tiene cumpleaños, va al secundario, vida de adolescente. No puedo yo sola.

—Te entiendo Sole, dame unos días.

—Una semana, escuchaste. Si no, hablá con mi abogado de una vez y listo. Y una cosa más, acordate que mañana te va a ver tu hija, así que por lo menos, limpiá un poco la mugre que tenés en esa pocilga inmundada.

Corta la llamada y enciende un cigarrillo. Piensa en cómo generar algo. Podría dar clases de guitarra como le viene sugiriendo Monitor, pero lo deprime perder tiempo con gente que ni siquiera sabe las notas musicales, siente que está para otra cosa. Él estuvo entre los quinientos mejores guitarristas del país en el ranking de la revista 13/20 en los años noventa.

Baja a estirar las piernas.

A la vuelta manotea para cenar unos restos de pollo de la mesa del bar que está en la vereda.

Ludmila lo visita una vez por semana. Ella se queda en su casa hasta el día siguiente. Juntos comparten series y fuman porro. Es la forma que tiene de que su hija lo acepte de alguna manera. Son como dos adolescentes, él jamás se siente con autoridad para nada con ella. De hecho, siente que Ludmila lo quiere más de lo que se merece.

Este martes Navaja sale temprano a pagar unas boletas en el Rapi-pago. Tiene que ir a SADAIC pero vuelve a casa antes de lo previsto, una migraña intensa, que lo aqueja hace rato, lo hizo tener ganas de acostarse. Posiblemente se indigestó con la cena.

Al entrar al departamento oye un movimiento, va a la habitación (que es una separación de Durlock en el monoambiente) y encuentra a su hija durmiendo, en ropa interior y transpirada. Piensa que debería comprar un ventilador, aunque sea uno de esos pequeños de pie. Toma una frazada de un estante y va hasta el costado de la mesa. La tira en el piso y se recuesta tratando de no emitir sonido. Se relaja, mira al techo con los brazos por detrás de su cabeza. Se concentra en una tela de araña que cuelga de un foco. De repente, se oye el ruido de descarga del baño. Sale un muchacho altísimo, muy rubio y delgado. Camina desnudo con toda la tranquilidad del mundo. Se refriega los

ojos, vuelve a mirar. Levanta la cabeza e inevitablemente cruzan miradas. Se quedan unos instantes en silencio. El joven tapa sus partes, no le alcanza la mano.

Navaja le pone pulgar arriba y se recuesta nuevamente en el piso. Le quema la cara y el corazón le late fuerte.

Se va al balconcito y prende un pucho. Lo mastica. No se le va ese calor interno. Mira por la ventana a la iglesia de enfrente. Los evangélicos ríen, se abrazan. Todos parecen conocerse.

Revisa frenéticamente su celular. Aunque anda lento, se toma el trabajo de buscar meticulosamente un video. Encuentra el que buscaba, es él teniendo sexo con una chica. En el video ella grita fuerte, él la toma del cabello y gesticula a la cámara. Se lo envía a tres amigos. Le gusta decir que él hace porno de autor.

Las respuestas no se hacen esperar:

«Alta morocha, Navaja».

«Siempre igual vos, ¿pero ese no es el mismo video de la otra vez? ¿O es otra?».

«¿Otra vez te fuiste de putas?».

Se acerca Ludmila, que viene acomodándose un short y con una remera vieja de X-plosónicos atada en los pechos.

—Él es Ramiro —se lo presenta así, a secas y saca un paquete abierto de galletitas de agua de la alacena.

—Hola Ramiro —contesta Navaja levantando la mano levemente y a lo lejos.

—Disculpe por lo que pasó recién Juan Carlos.

—Decime Navaja. No pasa nada, a tu edad yo también andaba de casa en casa. Se entiende.

No puede parar de observar lo delgado que es y que porte semejante miembro, como si la mitad del peso se le fuera en eso.

Al rato ambos jóvenes se van y se queda solo. Va a recostarse y se encuentra con la sábana mojada.

—Pendejos de mierda.

Camina hasta la cocina y busca una bolsa de basura, la abre al medio y la pone sobre la parte húmeda. Hay olor a sexo, se tira y duerme profundamente.

—Dale boludo, tenés que aceptar. La piba quiere que vayas vos.

—¡Lady Ofelia es un quemo, loco! ¿Qué parte no entendés?

—No pasa nada Navajita, acá la gente se olvida de todo. Mirá el Bambino Veira, pasó de una condena por violación de menores a ser un señor gracioso que cuenta chistes en la tele. Esto es Argentina, hoy matás a alguien, mañana estás bailando en la tele, es así.

—No man. Además, ¿por qué le voy a interesar yo a esa pibita?

—Error, te conoce bien, y no porque sos un guitar hero.

—¿Qué cosa?

—No importa, te quiere por otra cosa que no te dije.

—¿Ah no? ¿Y por qué? ¿Le parezco lindo?

—No gil, porque el padre era fanático tuyo. Tiene todos los CDs de X-plosónicos en la casa, yo lo vi. Tiene una entrada guardada de cuando tocaban en Cemento. Es más, me dijo el tipo que vos eras el mejor de la banda y que no fuiste reconocido.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes, boludo?

—Escuchame Navaja, todavía hay más.

—¿Qué cosa?

—La piba grabó un cover de “Cielo inmortal” y vas a cobrar regalías en toda Latinoamérica, si aceptás la gira con ella hasta podes hacer el solo de guitarra que no se bancaba Oaky, ¿te acordás?

Navaja hace una pausa y se queda pensativo. Nunca pensó en el padre de Lady Ofelia y el cover. Tampoco entiende porqué su manager es tan dormido de no decirle las cosas todas de una vez.

Se queda pensando y se abstrae de la realidad.

—¿Estás ahí Navajin? No te olvides que mañana tenemos una nota en una radio, no es la gran cosa, pero son pibes copados.

—See, dale.

—¡Ah! Y conseguí algo para el documental, pero cuando esté firme te comento.

Monitor consiguió una entrevista en una radio de Haedo. Navaja va renegando, y acepta solo con la condición de que su manager lo lleve en su auto, y que pague la nafta.

El Renault 6 de Monitor tarda en arrancar y pincha una goma, pero llegan a tiempo a la radio.

Uno de los conductores es muy gordo y con una calvicie avanzada, usa bermudas negras con bolsillos a los costados, remera de banda metalera desgastada que le remarca los pechos y le deja entrever el ombligo. El otro conductor tiene mejor porte, pero con cara de tonto, flaquito de anteojos, una especie de Harry Potter de Villa Sarmiento. Se pisan al hablar y continuamente se equivocan sobre la información sobre su ex banda. El operador se distrae con el celular y deja baches.

Cada tanto se oyen los separadores del programa, el locutor es insoportablemente engolado al hablar.

Suena Criminales del rock en la 89.1. La artística tiene un efecto en el que la palabra rock parece sonar dentro de un balde grande de

Recuplast. El operador hace un gesto con la mano, porque la luz roja no funciona. Van al aire.

—¿Cómo empezaste en la música, Navaja? —pregunta el gordo emocionado.

Navaja sabe bien cómo contestar ese tipo de preguntas, que son siempre las mismas. Al menos en programas como esos lo invitan con una Manaos cola y sanguchitos de miga.

La entrevista es cordial y pasan algunos temas, aunque tienen que bajarlos de YouTube porque el pendrive con forma de Bob Esponja que llevó Monitor no sirve.

Al salir del programa se quedan fumando en un pasillo con los conductores del programa. El gordo cuenta que es herrero y el otro que trabaja en el Anses de Morón.

En medio de la charla ve entrar a alguien que conoce bien, el otro lo reconoce e instantáneamente le grita:

—¡Juan Carlos Brunetti!

Navaja, áspero, devuelve la gentileza:

—¡Arnaldo Santa Cruz!

Se funden en un abrazo.

Cuando se apartan empieza el anecdotario:

—¿Te acordás de lo que era el Rodney cuando teníamos a Carraspera?

—Sí, Carucha, tendríamos que haber seguido ahí nosotros. Mirá lo que nos pasó después.

—Yo te lo dije en su momento Navajin, ese Oaky es un garca, en la banda anterior que tenía lo habían rajado.

—Sí, bueno, a vos en Caruchas el tano Sotelo tampoco te fue muy fiel...

—Todos garcas amigo. Al menos vos tuviste un hit. Nosotros no llegamos a tocar ni en la trasnoche de Rock & Pop.